

APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS

DEL GENERAL JOSÉ MARIA ORTEGA Y NARIÑO (1)

(Continuación)

“En 1840, por consecuencia de los trastornos políticos y guerra en la Provincia de Pasto, el General Mosquera fue destinado al puesto de Comandante General del Ejército del Sur; y ORTEGA, llamado en su lugar, á la Secretaría de Guerra. Fiel, como siempre, en el destino importante que ocupaba, desplegó una grande actividad y celo por la causa que defendía; y tanto al lado del Dr. Ignacio Márquez, Presidente de la República, como del Vicepresidente General Domingo Caycedo, mereció un lugar muy distinguido; y, aunque no faltó quien pensara en mancillar su nombre, por buscar reputación, el desenlace de los acontecimientos lo dejó más que justificado, y él tuvo siempre la conciencia tranquila.

“Al renunciar la Secretaría de Guerra, calló por patriotismo, pues al haber dejado correr los cuatro renglones que dejó sin publicar, habría merecido la admiración aun de los mismos pocos hombres que pretendieron insultarlo.

“Para quitar toda tentación de publicar un manifiesto documentado que tenía escrito y que muy pocos vieron, ORTEGA lo arroja al fuego, y queda tranquilo, porque ha tenido valor para posponer su bien propio al de la Patria y al de sus amigos.” (1)

Hé aquí lo único que dice ORTEGA sobre la revolución de 1840, una de las épocas más memorables de la historia del país, una de las más gloriosas de la vida pública de nuestro héroe, aquella en que tuvo más que sufrir, sin exceptuar su vida errante por las montañas de Venezuela, su permanencia como soldado de Morales; que al hombre

(1) Cód. I.

bien nacido, más que los trabajos y que la muerte misma, le importan las heridas de la honra.

Lo que ORTEGA calló nos toça referirlo. El humilde debe ser ensalzado; y las pasiones, vivas aún cuando él escribió, ya han muerto, y consienten decir la verdad sin lastimar reputación alguna.

No vamos á narrar la historia de la guerra civil de 1839 y 1840. Aquellos hechos son de todos conocidos. Bástenos seguir al personaje autor de estos apuntes. El invicto General Herrán, General en Jefe del Ejército del Sur, después de trece combates favorables, celebró, el 22 de Febrero de 1840, con el General Obando, el Tratado de los Arboles. En Abril, el General Mosquera fue nombrado Jefe de las fuerzas de reserva, y marchó al Sur. Lo reemplazó en la Secretaría de Guerra el Sr. JOSÉ MARÍA ORTEGA, quien ya no era General de la República.

Pasto se había pronunciado en defensa de los conventos menores, suprimidos por ley del Congreso; las Provincias del Norte se alzaron proclamando federación. Mosquera triunfó en el Huilquipamba; el Coronel Manuel María Franco, legitimista, sucumbió en La Polonia, y el Jefe vencedor, González, avanzó triunfante sobre la Capital.

El Gobierno ignoraba aún el triunfo de las fuerzas del Sur; no contaba sino con un puñado de hombres armados, en Bogotá; y la ciudad misma encerraba en su seno gran número de revolucionarios decididos y envalentonados con la victoria de La Polonia. El Gobierno dio entonces un manifiesto á la Nación, firmado por el Secretario de lo Interior D. Lino de Pombo, en que se declaraba impotente para debelar la rebelión; y el Presidente Dr. Márquez tomó la sabia resolución de retirarse á Popayán, para evitar que, con la probable toma de Bogotá por el enemigo, sucumbiera la legitimidad.

“Se puso en marcha para Popayán, dice el General Joaquín Posada Gutiérrez, acompañado del Secretario de Guerra, General JOSÉ MARÍA ORTEGA.”; ¡Ojalá hubiera sido cier-

to! ORTEGA salió de Bogotá con el Presidente, pero regresó al siguiente día y siguió desempeñando la Cartera, al lado del General Caycedo, Vicepresidente encargado del Gobierno.

Las medidas de defensa adoptadas y que salvaron la causa legitimista se debieron á la inteligencia y á la actividad, ya conocida del lector, del Secretario de Guerra. Levantó el espíritu público, organizó cuerpos de voluntarios en que figuraban jóvenes de las familias más ricas y distinguidas; trasladó el inmenso parque nacional de la tercera calle de Florián al Colegio de San Bartolomé, en pocas horas, valiéndose de la población entera: sacerdotes, empleados, comerciantes, artesanos, señoras y niñas que rivalizaban en entusiasmo. Redujo las familias más importantes y comprometidas á las manzanas adyacentes á la Plaza Mayor, y fortificó el recinto con fosos y trincheras.

Pero lo más importante en aquellos momentos era tener jefes de mérito á quien confiar las escasas fuerzas de que se disponía. ORTEGA hizo venir de Tunja al General Francisco de Paula Vélez, el héroe de la casa fuerte de Barcelona; y de Paipa al Coronel Juan José Neira. A comunicarle las órdenes á este último y á acompañarlo hasta Bogotá, envió ORTEGA á su sobrino D. Vito Lago (1).

La presencia de Neira en Bogotá causó indescriptible entusiasmo, augurio de próxima victoria.

Para lo que sigue, dejamos la palabra á un hombre sabio y bueno, contemporáneo de los sucesos, y cuyo criterio no ha tenido rival entre nuestros historiadores, por lo imparcial y sereno. El Sr. D. Pedro Fernández Madrid, en

(1) El Sr. Lago, á quien conocieron todos nuestros lectores bogotanos como modelo de padres de familia cristianos y de ciudadanos pacíficos, era uno de los hombres más valerosos que hayamos conocido. Varias veces le vimos en peligros diversos, no con la fortaleza de quien los arrostra, sino con la impavidez de quien parece no conocerlos. Neira dio testimonio de la opinión que se formó del Sr. Lago nombrándolo su edecán, de preferencia á muchos militares ilustres y jóvenes entusiastas que se le ofrecieron.—R. M. C.

su áureo libro *Rasgos de la vida pública del General Francisco de Paula Vélez*, dice lo siguiente:

“Resolvió (Vélez), de acuerdo con Neira, salir al encuentro de los revolucionarios por vías distintas, pero en concierto y bien medidos el tiempo y la distancia, de suerte que, en momento y punto de antemano determinados, cogiesen de improviso á dos fuegos al enemigo. Y así, en efecto, se prepararon á ejecutarlo, tomando Neira, con los jinetes, la dirección de Occidente, y Vélez la del Norte con los infantes.

“Un movimiento combinado como éste, difícil en todo tiempo, lo era aún más con gente voluntariosa, y sin disciplina; parte de la infantería se amotinó en San Diego y rehusó salir de la ciudad; las exhortaciones del Gobernador de la Provincia y del Vicepresidente de la República apenas pudieron recabar de aquella gente el que siguiera hasta Chapinero, uno ó dos días después.

“Entre tanto, un piquete de caballería de Neira encontró una avanzada enemiga y trabó combate con ella; fue necesario apoyarla, y la lid se generalizó. La vanguardia enemiga fue derrotada (1), y el cuerpo principal, intacto y muy superior todavía á las fuerzas constitucionales, emprendió en buen orden su retirada. Iba ya por el páramo de Las Ovejeras, cuando la tropa de Vélez, reunida á la caballería, entraba en Enemoción á la caída del sol. Los soldados habían hecho por entre el fango una marcha forzada sin tomar ningún alimento, y en caso de continuar la persecución, sería necesario pasar la noche en el páramo y á campo raso.

“Una vez frustrado el plan combinado con Neira, pero conseguido lo principal y más urgente, que era alejar de la capital al enemigo, Vélez no debía, según las instrucciones del Gobierno, aventurar movimiento alguno que

(1) En el memorable combate de Buenavista ó de La Culebrera, en que Neira se llenó gloria y recibió la herida que le causó poco después la muerte.

podiese comprometer á su tropa; pues en breves días llegarían los cuerpos avanzados del Ejército del Sur, que estaba ya en marcha hacia la Capital, y convenía esperar este auxilio antes de empeñar ninguna función de armas decisiva. Esta era también la opinión del Secretario de Guerra, que se hallaba en aquel momento en el campo constitucional, y cuyo voto naturalmente se consultaba en la dirección de las operaciones, no sólo como hombre experimentado en negocios militares, sino también por el cargo que ejercía. Por tanto, la solicitud que algunos voluntarios que iban en la División hicieron, para que se persiguiera y atacara inmediatamente al enemigo, no fue atendida. Dos ó tres oficiales y varios ciudadanos, descontentos con esta resolución, la criticaron amargamente, y regresaron á Bogotá, donde la censuraron de nuevo en algunas hojas impresas.”

Lo que el Sr. Fernández Madrid calla, con su habitual temperancia de lenguaje, es que no sólo se censuró la resolución, sino que por algunos se trató al General Vélez y al Secretario de Guerra en términos ultrajantes, y que amenguaban su reputación de militares y de patriotas.

“No entraremos, sigue el sereno biógrafo de Vélez, á examinar el fundamento de tales críticas; solamente diremos que el Gobierno no rehusó su aprobación á la resolución censurada. Y por lo que hace al resultado, agregaremos que, con la oportuna llegada de considerables fuerzas veteranas del Sur, aquella campaña, que pudo ser de muerte para la República, si en Enemoción se hubiera librado el éxito de ella á la prueba incierta de un combate, no fue en lo sucesivo sino una marcha triunfal para el Ejército constitucional.”

Creemos conveniente explicar dos puntos, que el Sr. Fernández Madrid, biógrafo no de ORTEGA, sino de Vélez, no tenía por qué tratar. Es el primero la presencia del Secretario de Guerra en el campamento de Nemocón. Testigo del espíritu levantisco é insubordinado de aquellas tro-

pas, del motín á la salida de la ciudad, creyó conveniente partir al siguiente día á sostener con su prestigio sobre los militares y su autoridad de Secretario de Guerra, al General en Jefe. Alcanzó la columna antes de llegar á la quebrada del Padre Otero. El arroyuelo de ese nombre, que cruza el camino real, y no tenía puente en aquel entonces, no alcanzaba de ordinario sino á mojar los cascos de las cabalgaduras; pero engrosado por las lluvias de aquellos días, apenas daba vado, y eso con grandísimo peligro á infantes y jinetes. El paso del improvisado torrente fue la causa principal de la demora del Ejército.

ORTEGA, en sus apuntes íntimos, pinta en un rasgo el efecto que produjo su llegada:

“En la campaña del año de 1840, cuando se insurreccionaron la generalidad de las Provincias contra la administración del Dr. Márquez, á mí me tocó, como Secretario de Guerra, dirigir las operaciones con las fuerzas del Gobierno. El Coronel José Acebedo, después General de la República, me dijo, cerca de la quebrada del Padre Otero en dirección á Nemocón: ‘General, me sucede con usted lo que á los Reyes Magos con la estrella de Belén, que en no viéndolo me parece que no estoy seguro.’

Parece que ORTEGA, después de escribir lo anterior, se hubiera quedado repasando en la memoria lo que siguió después, y quiso callar, y que hubiera puesto en el papel su última reflexión; pues añade:

“Aquí debo hacer una franca manifestación. Si yo, en lugar de un ardiente patriotismo, hubiera tenido ambición de mando, hubiera ocupado el puesto que se me antojara; lo mismo que si no hubiera sido generoso y pospuesto mis intereses personales á los de la Patria, hoy sería uno de los primeros capitalistas del país.

“No me pesa mi manejo.....” (1)

El otro punto que deseamos explicar es por qué ORTEGA se creyó en el deber de no justificarse de los cargos que se le hicieron de palabra y por la imprenta.

(1) Cód. II.

Las instrucciones al General Vélez de no atacar al enemigo venían, como cualquiera puede suponerlo, firmadas por el General Caycedo, Jefe del Gobierno. Los criticadores, sin embargo, no hicieron cargo alguno al Vicepresidente—que la exaltación política no razona,—y desahogaron toda su indignación contra el Secretario de Guerra y el General en Jefe de la División. La defensa documentada de los dos veteranos habría hecho recaer las animosidades contra Caycedo, Magistrado supremo de la Nación, Jefe y hermano político de ORTEGA; y él prefirió la momentánea herida de su reputación á que los exaltados lastimasen la del amigo, que era el portaestandarte de la honra nacional.

El Sr. Fernández Madrid, testigo presencial de la impresión que los rememorados ataques de la prensa hicieron en el ánimo del General Vélez, los describe así:

“Las ocurrencias de que hemos hablado lastimaron profundamente á Vélez y emponzoñaron por largos años su trabajosa existencia. Despreciando las riquezas y todo género de bienes materiales, él no había tenido jamás otra aspiración que la de merecer el buen concepto de sus compatriotas, y creía haberlo perdido..... No es, pues, extraño que la superexcitación producida en el espíritu de Vélez por las censuras de que había sido objeto, y la cruel necesidad de callar en obsequio de la causa pública, acabaran de arruinar su salud y lo redujeran á un estado completamente valetudinario.”

ORTEGA recibió la misma herida que Vélez, y era tan delicado como él en punto de honra; pero había estudiado más en la escuela de la desgracia, había practicado de más antiguo la piedad cristiana, y no era hombre solo que pudiera consagrarse á la amarga satisfacción de revolver el puñal en la herida: tenía hijos que educar y sostener (1).

(1) Fuera de los hijos del primer matrimonio, de que se hizo atrás mención, tuvo del que contrajo con la Sra. Caycedo, á D. Segundo, casado con D.^a María Jesús Ortega; á D.^a Valentina, que murió soltera; y á D. Francisco, que casó con D.^a Cecilia Lago.

Continuó sirviendo á la República; no cambió su carácter benévolo, su festivo trato; no exhaló una queja, á nadie aborreció ni guardó rencores, y nunca volvió á hacer la mínima alusión á lo pasado.

Continúa ORTEGA diciendo:

“Sirvió como simple ciudadano; y en 1841 marchó repentina y aceleradamente á desempeñar la Gobernación de Pamplona. A su regreso á Bogotá se encargó por pocos días de la de esta Provincia, que tuvo que abandonar para poder conducir á Ibagué 200 hombres de la guardia nacional. Vencida su comisión, pasó á servir la Intendencia general de la guerra, no habiendo aceptado antes la dirección del Crédito público.

“De la Intendencia salió para la República del Ecuador como Encargado de Negocios de la Nueva Granada; habiéndole acompañado hasta Fontibón su amigo y hermano el General Caycedo, el General Joaquín Barriga y el Encargado de Negocios del Ecuador, Dr. Marcos Espinel. Su comitiva consistía en sus dos hijos José María y Segundo, su sobrino Juan Malo y dos asistentes.

“El 1.º de Julio emprendió su viaje; y en Octubre de 1843 regresó á su casa, á consecuencia de haber pedido sus letras de retiro, por creer innecesaria su misión. Ambos Gobiernos quedaron satisfechos de su conducta.

“El año de 1844 lo pasó en la villa de Fusagasugá, en donde fue miembro del Jurado electoral, y encargado luego de la composición del camino que lleva á Bogotá; sosteniéndose con la pensión de mil pesos anuales que el Congreso, por Ley de 31 de Mayo de 1839, le señaló en atención á los importantes servicios que prestara en la guerra de la Independencia, tanto en Venezuela como en la Nueva Granada. En 1845 volvió á Bogotá, y á poco tiempo sirvió una plaza de contador supernumerario.

“El año de 1846 fue nombrado Director general de Diezmos, y por dos meses desempeñó la Intendencia general de Hacienda; en 1847, Representante al Congreso por

Bogotá. Se le reinscribió en la lista militar, con su grado de General y la antigüedad de 8 de Mayo.” (1)

Este acto de justicia se debió á la espontánea iniciativa del General Pedro Alcántara Herrán, que fue siempre más que amigo, hermano del alma del General ORTEGA. Herrán, con motivo de la reinscripción en la lista militar, le regaló unas charreteras y un rico tahalí bordado de oro.

“En seguida fue nombrado Director del Colegio Militar, establecimiento de la primera importancia, planteado por ORTEGA desde lo material del edificio, y donde no muy tarde se vieron lucir á multitud de jóvenes como un ornamento de la República y como la prueba más positiva de que el tiempo se había aprovechado, y de que tanto el Jefe como los catedráticos supieron corresponder á la confianza del Gobierno. Existen, como testimonio de esta verdad, Borda, Ponce, Ortega, Escallón, Merizalde, Liévano, Santamaría, Arrubla, París, Caycedo y tantos otros que, en diferentes períodos, pertenecieron al establecimiento.

“En 1850 ORTEGA fue removido del destino, porque sus opiniones políticas no estaban en armonía con las de los miembros de la Administración pública.” (2)

(Continuará)

COSTUMBRES DE TIERRA CALIENTE

EN LA REPUBLICA DE COLOMBIA

(De la *Ilustración Española y Americana*)

La aldea, pequeña y blanca como poblado de nacimiento, con sus casitas diseminadas por la ladera, se encuentra escondida entre dos rugosidades de la montaña que la ocultan celosamente de las miradas del viajero, y semeja en su conjunto algo así como un collar de perlas entre un estuche de raso verde.

(1) Cód. I.

(2) Cód. I.